



Descoyuntado

Como ya he comentado otras veces, el mayor riesgo, peligro o problema con el que puede encontrarse un felino a lo largo de su vida es el ser humano.

Me explico...

Hace unos días, cuando estaba tranquilamente disfrutando de una de mis múltiples horas de solaz descanso, el humano pequeño de la casa se empeñó en interactuar conmigo. Por fortuna para mí, estos momentos se hacen cada vez más distantes en el tiempo, ya que el pequeño ser pasa largas horas delante de todo tipo y tamaño de pantallas con botones.

Pero ese día, en ese preciso momento, quería fiesta.

Para intentar que le hiciera caso cogió el absurdo palito con cuerda y unas plumas más falsas que los ratones que a veces me ofrece, y pretendió que me tirara las horas muertas saltando y dando manotazos.

Uno, que es un gato educado, hizo un poco de caso al absurdo y reiterativo juego y, cuando creí que había cumplido, me di la vuelta y me dispuse a disfrutar de otra de mis zonas de tranquilidad.

En ese preciso instante noté que algo atrapaba mi cola, y por el susto, intenté correr: ¡Qué horrible sensación! Pensé que mi cola dejaba de formar parte de mi cuerpo. Me revolví, emití unos sonoros y contundentes bufidos y regalé a aquel "descoyuntador" un buen manotazo, eso sí, sin sacar las uñas.

Las horas siguientes fueron horribles: Un punzante dolor saturaba mi tercio posterior, no me atrevía ni a moverme... Pero la fisiología orgánica sigue su curso y, a pesar del dolor, mi aparato digestivo me indicaba que tenía que visitar la bandeja de arena.

Llegué a ella dolorido pero con la premura de una inminente evacuación. Cuando me dispuse a adoptar la postura más adecuada, que incluye un elegante y prudente levantamiento de cola, sentí como si me acuchillaran en el nacimiento de tan equilibradora estructura.

Salí disparado de la bandeja y, a corta distancia de ella, mis "depósitos tóxicos" fluyeron de mi cuerpo sin control.

Mi humana adulta, después de un rato, me llamó...

Acudí a donde estaba.

Señalaba mis heces fuera de la bandeja y me hablaba en el mismo tono

desagradable que utiliza cuando pretende hacerme creer que he actuado de forma inadecuada (total, por unos arañazos en algún mueble...).

Yo no entendía qué quería decirme, qué pretendía dándome la charla y señalando mis excrementos.

Cuando el humano adulto llegó, hablaron mirando la bandeja, y en breves instantes estaba en la mesa del maniaco que me pincha y me introduce objetos por zonas inadecuadas.

El ser de la bata blanca, al tocar y movilizar mi cola, sintió todo mi esplendor defensivo.

Me metieron en el trasportín tras uno de sus pinchazos (cómo no) y desde el interior de mi ubicación vi cómo hablaban en ese tono contundente y desagradable al más pequeño de la casa.

Al día siguiente me encontraba mejor, pero tardé unos días en adoptar mi elegante postura expulsora en la bandeja.

A partir de ese día, el pequeño JAMÁS volvió a tocarme la cola. ■

